



A lo largo de estas líneas el viajero podrá seguir el caminar de los principales predicadores que, en su peregrinar, recorrieron diferentes rincones de la ciudad de Segovia dejando una profunda huella, no sólo en sus gentes sino también en el paisaje urbano.



Tras la huella de los predicadores



Tras la huella de los predicadores

A lo largo de estas líneas el viajero podrá seguir el caminar de los principales predicadores que, en su peregrinar, recorrieron diferentes rincones de la ciudad de Segovia dejando una profunda huella, no sólo en sus gentes sino también en el paisaje urbano.

1.- SANTO DOMINGO DE GUZMÁN (1171 – 1221)

Debió ser por inclinación de su compañero de viaje, Fray Domingo de Segovia o el Chico, natural de dicha ciudad por lo que, alrededor de la Navidad del año 1218, se dirigió Santo Domingo a Segovia, siguiendo con la predicación que había comenzado a lo largo de los reinos hispánicos, hospedándose en casa de una piadosa mujer; pues su recién formada orden aún no tenía convento. Como siempre, comenzó a predicar, utilizando en este caso, la lengua vulgar, lo que le dio un gran predicamento popular, ampliando mucho su radio de acción, hasta el punto de que los fieles no cabían en las iglesias y tuvo que hacerlo al aire libre, fuera de las murallas, a orillas del Eresma.

La ciudad vivía angustiada a causa de una terrible sequía. Al calor de uno de sus patéticos sermones, Domingo vaticinó lluvia, y el cielo respondió con una lluvia torrencial tan rápidamente que no le dio tiempo a terminar su sermón. Anunció el castigo de un orgulloso caballero que había despreciado públicamente su predicación, y el castigo se cumplió.

Poco después le hicieron donación de una casa y allí se fundó el que de hecho sería el primer convento de dominicos de España, dedicado a la Santa Cruz. La acogida de la ciudad fue muy grata a los ojos del Santo y en ella permaneció todas las fiestas navideñas, consolidando la fundación. El 23 de marzo de 1220, consiguió del Papa Honorio III para la ciudad de Segovia una bula en agradecimiento a la acogida que los segovianos dieron a él y a sus frailes.

El recuerdo de sus penitencias y la «Santa Cueva» evocarán siempre el inmenso amor de Domingo por la humanidad, en favor de la cual se disciplinaba hasta derramar sangre.

En Segovia, Santo Domingo busca un lugar retirado, fuera de las murallas, y elige una gruta natural, situada en la pendiente que desciende de la ciudad, por la puerta de San Cebrián, cerca del río



Eresma. Quiere allí hablar con Dios para luego hablar de Dios a todos los hombres y mujeres. De noche vive su encuentro con Cristo crucificado, a cuyos pies aprende a ser compasivo y misericordioso con los pecadores de día. Así templaba su alma contemplativa y apostólica. Pronto, ese lugar de su vida penitente y oracional se convierte en lugar sagrado: la Santa Cueva.

La posibilidad de que el Santo tomase ese lugar como sitio de sus oraciones y penitencias no está fuera de su vida. Sus contemporáneos, repetidas veces, nos dicen que se retiraba las noches para orar y hacer penitencia. Un hecho tan repetido, y precisamente por no tener nada de excepcional en la vida de Santo Domingo, es fácil que pasase para sus



contemporáneos desapercibido, que no concretan ningún detalle. La Cueva, pues, tiene su cabida dentro de la vida de Santo Domingo, que, al decir de sus contemporáneos y de los testigos de canonización, buscaba el retiro nocturno para orar y disciplinarse mientras sus hijos dormían.

CONVENTO DE SANTA CRUZ LA REAL

A principios del s. XIII el santo fundó para su Orden de Predicadores un convento al que posteriormente los Reyes Católicos dieron el carácter actual. El arquitecto fue sin duda Juan Guas. La portada, descentrada respecto al altar mayor y el eje de la iglesia, pertenece al tipo de las denominadas "fachadas-retablo" y en ella se desarrolla un programa iconográfico centrado en la muerte de Cristo. Esta simbología religiosa se funde con la política, al representarla vinculada con la obra de

los Reyes Católicos y a éstos unidos a la Orden de Predicadores.

En el cuerpo central se encuentra la Lamentación sobre Cristo muerto, con la Magdalena, la Virgen María y un personaje barbado, probablemente José de Arimatea. Los Reyes Católicos, protectores del convento de la Santa Cruz, oran arrodillados, escoltados por dos personajes, tal vez sus camareros, Andrés Cabrera y Beatriz de Bobadilla.

En el cuerpo superior de la portada vemos la Crucifixión, alusión directa a la advocación del convento, la santa Cruz, ante la que rezan dos destacados dominicos: a la derecha de Jesucristo, Lope Barrientos, obispo de Segovia entre 1438 y 1441; a la izquierda San Vicente Ferrer (1350-1419), teólogo y predicador.

Dos escudos reales coronados, sostenidos por águilas imperiales, flanquean el cuerpo central. Los escudos incluyen las armas de Castilla, León, Aragón, Sicilia y Granada. En el centro está de nuevo el escudo real, sustentado por el águila de San Juan; a ambos lados hay dos leones rampantes que portan los emblemas de los monarcas, el yugo y las flechas.

A la presencia en los ángulos superiores de dos ángeles que sostienen la cruz florenzada,

se suman cuatro imágenes colocadas bajo doseletes que representan a varones de la orden dominicana fácilmente identificables por sus atributos. De las de abajo, la de la derecha de la portada es de Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), fundador de la orden; al lado izquierdo se encuentra Santo Tomás de Aquino (1225-1274) y arriba a la derecha vemos a San Pedro de Verona, mártir (1203-1252). La identificación de la imagen del lado superior izquierdo es problemática por hallarse mutilada, pero teniendo en cuenta la cronología y calidad de los otros tres personajes, así como su habitual inclusión en las representaciones de los dominicos, debe tratarse del santo canonista Raimundo de Peñafort (1185-1275).

En el exterior del edificio campean la heráldica de los fundadores, con su famoso "Tanto monta" a la par que destacan los numerosos pináculos que coronan los contrafuertes mientras que el interior es de una sola nave con crucero y bóvedas nervadas, típico de la orden.



CUEVA DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Una de las partes emblemáticas que se encuentran en el interior de este monasterio, que aunque no esté abierta al público merece una mención especial, es "La Cueva de Santo Domingo". Núcleo original del posterior monasterio, compuesto de dos partes, claramente diferenciadas: una antecapilla y la cueva propiamente dicha.



La antecapilla fue construida en tiempos de los Reyes Católicos y a ella se accede por una portada, del estilo de Juan Guas, decorada con relieves que representan al fundador abrazado a una cruz y a sus pies dos raposas, representación de la herejía, mordidas por dos perros que simbolizan la fidelidad. A los lados del santo se dejan ver las iniciales de Fernando e Isabel bajo dos coronas con escudos.

En el interior de la capilla se localiza un retablo barroco que sirve de marco a un calvario de buena traza mientras que el acceso a la capilla interior se halla protegido por dos tallas de San Francisco y Santo Domingo, situadas a uno y otro lado. Esta capilla servía de lugar de enterramiento de los religiosos dominicos que la guardaban.

En la Cueva propiamente dicha, que se encuentra a continuación, existe una bellísima y antigua imagen de Santo Domingo, expresiva y reveladora del alma contemplativa y austera del apóstol castellano. Este espacio que Domingo tuvo por escenario de sus noches de oración tiene como principal eje de atención la hornacina abierta en medio del retablo, y que simula una gruta, en la que aparece una imagen de Santo Domingo flagelante ante el Crucificado.



Este importante y hoy desconocido santuario, se convirtió en un lugar de visita obligada para todos los religiosos y santos que pasaron por la ciudad, entre los cuales cabe citar a San Vicente Ferrer y a Santa Teresa de Jesús.

Altar de la capilla interior de la cueva con la imagen de Santo Domingo flagelante ante el Crucificado.

Información en:

Monasterio de Santo Domingo el Real

C/ Capuchinos Alta, 2

40.001 - Segovia – ESPAÑA

Teléfono: 921 460 080 - Fax: 921 461 093

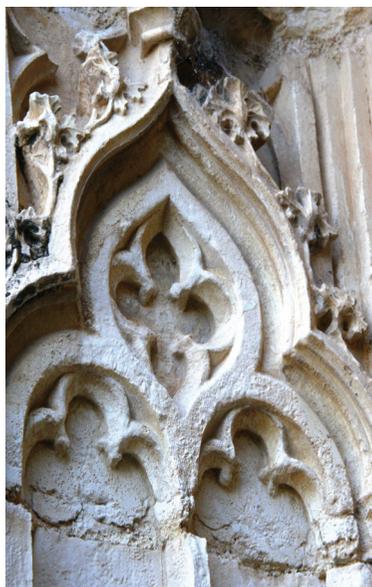


2.- SAN VICENTE FERRER (1350 – 1419)

San Vicente Ferrer, llegó a Segovia el 3 de mayo de 1411, fiesta de la invención de la Santa Cruz. Montado en un jumento, abordó la ciudad por su parte oriental acompañado de multitud de seguidores.

A su llegada a Segovia paró en una cruz que se encontraba a las afueras y desde ella ofreció un sermón sobre las excelencias de la Cruz en el que se congregaron cientos de personas, con tal fervor y efecto que consiguió el arrepentimiento de un gran número de pecadores a la par que convirtió a muchos judíos y moros que se habían congregado entre los cristianos, atraídos de la fama del Santo y de la evidencia de sus milagros, "pues le oían –según dice Colmenares- los distantes a varias leguas, y le entendían todas las naciones, pese a predicar siempre en su idioma valenciano".

Pese a sus expeditivos métodos de proselitismo, hoy duramente



censurados, este fraile valenciano desarrolló una intensa y eficaz campaña de conversión masiva de los judíos del reino de Castilla. Aljamas enteras se bautizaron y desaparecieron como comunidades hebreas.

Lamentando que no hubiera ninguna ermita o santuario edificado en entrada tan importante, pidió que se construyera un templo dedicado a la festividad de aquel día. Y así se hizo, la ermita del Cristo del Mercado, donde se celebra desde entonces todos los años la fiesta de la Cruz de Mayo, propia del barrio pero en la que participa toda la ciudad.

En la época por la que el santo dominico llegó a nuestra

la regencia del reino era compartida por Catalina de Lancaster y Fernando de Antequera, madre y tío del aún niño Juan II. Debido a los continuos recelos entre ambos y al temor de los castellanos ante la creciente influencia aragonesa se complicó el clima de enfrentamiento entre facciones nobiliarias existente en las ciudades castellanas.

La predicación de San Vicente Ferrer en la antigua iglesia de San Miguel, en cuyo atrio se reunía el Concejo de la ciudad, ha de situarse en este contexto.

A finales del siglo pasado existía, incluso, la tradición popular de que el santo había predicado junto a la iglesia de Santa Eulalia, lugar en el cual se alza la cruz que hubo de servirle como lugar de prédica ante la multitud que le acompañaba.

Fueron los dominicos del convento de Santa Cruz la Real quienes se encargaron de que perdurase en la ciudad la memoria y el culto a San Vicente. Su recuerdo permanece a través de su imagen en la magnífica portada del convento, realizada por Juan Guas; y también gracias a una talla de grandes dimensiones, correspondiente al siglo XVIII, que aún permanece en las dependencias conventuales. Otra de menores dimensiones (s. XVII), se exhibe en la capilla del antiguo Hospital de Viejos (actualmente Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente).

ERMITA DEL SANTO CRISTO DEL MERCADO

La primitiva construcción que allí se levantó era un pequeño edificio cuadrado, a modo de humilladero, de menores dimensiones que el actual, aunque no era considerado edificación humilde.

La puerta se situaba hacia el noroeste de cara a la ciudad con cubierta de cuatro aguas posiblemente sobre un artesonado mudéjar y reforzando cada esquina un contrafuerte que evitase grietas y desplomes. Coronando el edificio una pequeña espadaña de ladrillo albergaría la campana. Todo de lo más sobrio, sin ningún alarde decorativo, tan sólo cuatro arcos ciegos de ladrillo, dos en cada pared lateral, nos recuerdan el estilo gótico imperante en la época.

Entre los años 1657 y 1660 se llevaron a cabo las obras de engrandecimiento de la ermita, bajo la dirección de Manuel





del águila y siguiendo las pautas del estilo barroco imperante en la época. Para ello se derribo prácticamente por completo el anterior edificio a la vez que se subió el piso.

En su parte exterior llaman especialmente la atención las pinturas murales que rodean la portada, casi desaparecidas, que representan motivos arquitectónicos fingidos y que pueden datar de principios del siglo XVIII.

Cuenta en su interior, reformado ya en época barroca, con una imagen del Santo Cristo del Mercado que se cita ya en el siglo XVI. Es una talla de madera policromada que se cubre con un paño blanco listado en rojo. Representa a Cristo muerto, sujeto por tres clavos, con la cabeza inclinada hacia la derecha y rostro alargado, sensación que se acrecienta por la forma de la barba. corona de espinas es independiente de la talla.

La obra más valiosa conservada en la ermita la representa el retablo de la Capilla Mayor. Fue diseñado bajo la traza del gran maestro Churriguera y llevado a cabo por José Vallejo Vivanco durante el último tercio del siglo XVII.

puerta un relieve representando la custodia y en las formas que adornan la caja, relieves de la Pasión.

El cuerpo principal se halla dividido en tres calles por ocho columnas salomónicas exentas, agrupadas de modo impar, y recubiertas profusamente por el símbolo eucarístico de la vid a la vez que se sustentan sobre repisas adornadas con hojarasca cuya orientación cambia según su situación.

Sobre la cornisa, ante las pilastras del ático y coincidiendo con las columnas, se sitúan seis tallas de ángeles que portaban en sus orígenes símbolos de la Pasión, sentados los dos laterales y en pie los cuatro centrale

Sobre un zócalo, imitando mármol, se sitúa el banco formado en el centro por tres gradas a modo de escalinata, sólo quebrada por el sagrario que, restaurado recientemente, presenta sobre su s.

En el camarín se situaba la imagen del Santo Cristo, única de bulto que había en el retablo, pues en las calles laterales se colocaron sendos lienzos representando dos escenas de la Pasión: la coronación de espinas, el del lado del evangelio y los azotes atado a la columna, el de la epístola.

El considerable aumento de habitantes en el barrio, a consecuencia del crecimiento urbanístico que sufrió la ciudad a consecuencia de la llegada del ferrocarril, hizo aconsejable dividir la en

1971 se erigió la parroquia del Santo Cristo de la Cruz. Pese a todo, no duraría mucho su consideración de parroquia pues, debido al lamentable estado en que el edificio se encontraba, se procedió a la disolución de la parroquia y a su recuperación por parte de la Junta de Castilla y León en el año 1991 pudiendo admirarse hoy en todo su esplendor.

3.- SANTA TERESA DE JESÚS (1515 – 1582)

Encontrándose en Salamanca recibió Santa Teresa de Jesús orden del Señor para marcharse a Segovia para llevar a cabo una nueva fundación pese a la oposición del Comisario Apostólico Fray Pedro Fernández, quien no deseaba realizar nuevas fundaciones; hecho al que se unió su cargo como Santa Priora del convento de la Encarnación de Ávila, por lo que convenía que permaneciera mayor tiempo allí.

De acuerdo con el mandato divino, llegó la santa a Segovia el 18 de marzo de 1574. Poco antes de entrar en la ciudad se le pidió que mostrase las licencias del Obispo para la fundación. Únicamente contaba con ellas de palabra, hecho que acarreó numerosas dificultades a la hora de proceder a la fundación del convento. Pese a todo, se celebró la misa de fundación al día siguiente siendo oficiada por el Padre Julián de Ávila. La segunda fue celebrada por San Juan de la Cruz, quien acompañaba a la santa reformadora como parte de un séquito compuesto también por el caballero de Alba, Antonio Gaitán, y las siguientes religiosas: Guiomar de Jesús, Isabel de San Pablo (sobrina de la Santa); y las segovianas Marina de Jesús e Isabel de Jesús (hermana de D. Andrés Jimena, que era quien había negociado la licencia con el Obispo).



Curioso fue el hecho de haberse celebrado cuatro misas el día mismo de la fundación del convento ya que, a las dos iniciales siguieron otras dos, celebrada la tercera por un canónigo agradado por la piedad y devoción del lugar; y la definitiva a instancias del provisor con el objeto de que el Santísimo se consumara.

Estuvo Santa Teresa varios meses en Segovia hasta dejar a sus hijas en casa propia, lo que le costó muchos disgustos y pleitos. Al fin tomó posesión de una casa en la misma calle, que es el convento actual y al que volvió en varias ocasiones.

Este período de su vida le sirvió para proseguir con la redacción de su obra cumbre y una de las obras clave a la hora de entender la mística española: el "Libro de las Moradas" o "Castillo Interior", donde predomina la alegoría, comparando el alma con un castillo todo diamante, que se compone de muchas moradas.

Durante su estancia en nuestra ciudad, vivió la Santa uno de sus momentos más místicos al aparecérselle Santo Domingo mientras visitaba la cueva donde el Santo hacía penitencia ya que se le apareció el santo y, al tomar la comunión en la capilla, sintió, además, la presencia de Jesucristo.

CONVENTO DE SAN JOSÉ

Este edificio de los siglos XVI-XVII continúa aún hoy albergando una comunidad de Carmelitas Descalzas, herederas de la reforma del Carmelo llevada a cabo por Santa Teresa de Jesús.

En el exterior el edificio se nos muestra sencillo, con una imagen de San José con el niño Jesús sobre sus hombros presidiendo el acceso principal mientras que en el interior se dispone una única nave en estilo barroco donde descuella una bella imagen del santo titular labrada por Salvador Carmona, imaginero que también dejó muestras de su arte en el monasterio del Parral.

4.- SAN JUAN DE LA CRUZ (1542 – 1591)

Corría el año 1567 cuando, tras finalizar brillantemente sus estudios de teología en Salamanca y ser ordenado sacerdote, se produjo el encuentro entre San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, a quien se unió para llevar a cabo la restauración del cometido original de la orden del Carmen, el cual se había mitigado en demasía. También le refirió que el prior general le había dado permiso de fundar dos conventos reformados para hombres.

En 1571, Santa Teresa asumió por obediencia el oficio de superiora en el convento no reformado de la Encarnación de Ávila siendo San Juan de la Cruz el elegido para que fuese su director espiritual y su confesor, cargo que desempeñó durante cinco años, en los que la Reforma del Carmelo se lleva adelante con vigor y decisión. Acaban estos años con el rapto violento del Santo y confinación en un convento de Toledo, en el que Juan de la Cruz comienza a hacer honor a su nombre.

Su vida va complicándose cada vez más a la par que prosiguen sus viajes, acompañando a la Santa de Ávila, en nuevas fundaciones, visitas a conventos, capítulos generales y provinciales. Acompañando a la Santa en uno de estos viajes llegaría a Segovia (1574), donde la abulense llevaría a cabo su novena fundación, el convento de San José, una de cuyas misas fundacionales fue celebrada por San Juan de la Cruz.



Desde Toledo Fray Juan es enviado como superior al Convento del Calvario, en la serranía de Jaén. Allí vive una nueva época de paz y tranquilidad, en la que se prepara, con plena aceptación de su voluntad, para la misión que Dios le ha confiado. Tras el convento del Calvario, Baeza, capítulo general en Alcalá y Granada.

La ciudad de Segovia por las fechas en que arribó el santo carmelita, y en contraste con el decaimiento que arrostraban otros núcleos urbanos castellanos, se encontraba en fase de crecimiento por su floreciente industria textil que la había convertido en la capital industrial del norte de España. Acogía también por entonces manifestaciones de intensa religiosidad colectiva, como lo evidencian el asentamiento de diferentes órdenes religiosas y la construcción de una catedral nueva en sustitución de la antigua románico-gótica, muy dañada a resultas de los conflictos comuneros.



El edificio que compraron los carmelitas en 1586 estaba situado junto a la ermita de la Fuencisla, a orillas del Eresma y frente al Alcázar. Edificado sobre un collado, contaba también con una huerta que ascendía por la pendiente de la peña, donde el santo halló una cueva donde se recogía a orar y desde la que podía contemplar una espléndida panorámica de la ciudad, con la sierra al fondo en dilatado horizonte. Esta pequeña concavidad, donde apenas cabe un hombre, era el lugar donde el Santo se hallaba muchas veces arrobado y suspenso, ocupado en espectáculos celestiales, tras lo cual bajaba al convento con el rostro iluminado tras la comunicación con Dios.

Al ocupar San Juan en aquel momento el cargo de primer Definidor, hubo de fijar aquí su residencia y gobernar el convento. Como el nuevo convento, establecido dos años antes, era más provisional que permanente, se hizo necesario disponer de una casa más acomodada. Una vez dispuso de la autorización conveniente, comenzó la empresa de reconstrucción y remodelación arquitectónicas en la que se implicó San Juan de la Cruz directamente, no sólo interviniendo en la gestión de las obras conventuales, sino trabajando manualmente como peón en cuanto le permitían las ocupaciones de su cargo.

Empeñado en dichas tareas, en este centro residió San Juan, atendiendo a su gobierno y a su obra, en calma externa durante tres años, en los que redactó la mayor parte de las cartas - unas doce - del conjunto total - treinta y tres - que se han conservado hasta hoy. Se trata de epístolas generalmente breves y concisas de contenido variable: unas de carácter oficial, relativas a asuntos de gobierno y negocios; otras con destacada función de magisterio y dirección espirituales, y, por último, un grupo de índole más personal, donde su autor se manifiesta más espontáneo y ofrece sentidas muestras de interés y amistad hacia los destinatarios, en un tono afectuoso y de confianza cordial.

Sus tres años de estancia en la ciudad de Segovia representaron para el Santo un período de paz, que presagiaba la futura tempestad. Pero Juan, en aquellos días de triunfo, no se ensoberbeció. En cierta ocasión en que se le aparece Jesús queriéndole recompensar la sencillez de su corazón y su amor sin decaimiento, Juan le pide "padecer y ser menospreciado por Vos".

Retirado del convento de Segovia por discrepancias de pensamientos, es arrinconado en un lugar cercano a Jaén, teniéndose que refugiar, al poco tiempo, por enfermedad, en un convento de Úbeda. No volvería a visitar Segovia, pues Dios le llamó al Cielo el 14 de diciembre de aquel mismo año.

Pero al final incluso sus adversarios reconocieron su santidad, y en su entierro hubo una gran manifestación de homenaje.

CONVENTO DEL CARMEN (Carmelitas descalzos)

La Iglesia donde reposan los restos de San Juan de La Cruz se encuentra retirada, en medio de la campiña verde y fresca, que nos hace deleitar la imaginación pensando en Santa Teresa y en San Juan cuando, en 1574, vinieron juntos por estos lares a realizar sus funciones.

Una escalinata de piedra, a modo de subida al Monte Carmelo nos adentra en el convento de los Carmelitas, fundado por San Juan de la Cruz en 1586, sobre otro anterior, de la comunidad de Trinitarios, asentada en 1206. El místico poeta rigió la casa de 1587 a 1591 y en su interior se encuentra su sepulcro, demasiado lujoso, posiblemente, en contraste con la sencilla vida del santo, más amigo de recorrer la senda, labrada en la roca, que conduce a los altos de las Peñas Grajeras, donde se halla el refugio espiritual del santo, pequeña ermita dedicada a Santa Teresa donde se conserva el esqueleto del ciprés por él plantado. Esta ermita, más edificativa que costosa, se cree haber sido edificada por San Juan de la Cruz.

En esta pequeña ermita se llevaron a cabo obras soberbias, arreglando una nueva capilla y altar de mármol en la misma cueva, adornando todo el resto de la ermita con elegantes y costosas pinturas. Se conserva también en esta casa la imagen del Nazareno, que le habló al santo.

Su lujoso sepulcro que no es reflejo de su vida, sino de su grandiosa obra, fue construido por Félix Granada en 1927, en homenaje a los doscientos años de su canonización. Los restos del Santo reposan en el arca que remata el monumento. Las cuatro estatuas de bronce que sobresalen en las esquinas, representan las virtudes cardinales.

El cuerpo, todavía incorrupto, como se ha constatado en los últimos años, se trasladó a Segovia, y sólo las extremidades inferiores permanecen en Úbeda; existen disputas sobre su posesión. Un fenómeno extraño se ha observado frecuentemente en relación con las reliquias de San Juan de la Cruz para el que no se ha dado ninguna explicación satisfactoria: Francisco de Yepes, el hermano del santo, y después de él muchas otras personas han notado la aparición en sus reliquias de imágenes de Cristo en la Cruz, la Santísima Virgen, San Elías, San Francisco Javier, u otros santos, según la devoción del espectador.



Rodeando el monumento se hallan las estatuas de los doce apóstoles. Existe un detalle muy mágico pues la puerta del sagrario tiene a Melquisedec como Sumo Sacerdote, enmarcado y sosteniendo el dominio de los cuatro elementos: Tierra, Agua, Aire y Fuego. Al salir de esta capilla encontraremos a la izquierda la sencilla iglesia que en su altar mayor tiene un retablo moderno y gigantesco compuesto con nueve cuadros totalmente contemporáneos. Pero estas pinturas albergan algo que llama la atención. El altar fue decorado por el Carmelita mexicano Gerardo López Bonilla, con motivo de la visita que hiciera Juan Pablo II en noviembre de 1982 y todas estas pinturas inspiradas en la obra poética de San Juan de La Cruz. La parte superior en marrones, y con ese camino en la montaña que termina en una luz, representa la subida al Monte Carmelo. A la derecha del altar, la Llama de Amor, viva en tonos naranjas, rojizos y amarillentos mientras que a la izquierda, con múltiples tonos de oscuridad y claridad, se encuentra La Noche Oscura. En la parte inferior del altar se encuentra, en azules, la representación de La Fonte.





Azoguejo, 1

40.001 - Segovia

Tel: 921 466 720 Fax: 921 466 724

www.turismodesegovia.com